

LA IGLESIA AUTÓCTONA, FRUTO DE UN PROCESO

Jesús Tapuerca

La mundialización, como nueva impronta de nuestro tiempo, estimula la constitución de redes de interés mutuo e intercomunicación hacia expresiones más aproximadas y homogéneas entre pueblos y culturas, pero no anula, sino que implícitamente está favoreciendo el repunte de la diversidad, del pluralismo como realidad y derecho de las identidades. La dignidad y valoración de la diferencia viene a consolidarlo. De esta manera, desde variadas procedencias, se abre camino el respeto a las identidades, como necesaria condición del desarrollo, bienestar y humanización para todos. Así, el derecho a la singularidad no contradice sino que complementa la universalidad y permite reentenderla de mejor forma.

Las directrices emanadas del Concilio Vaticano II respecto a la Iglesia han hecho posible reafirmar el desarrollo de un variado conjunto de elaboraciones teológicas y acciones pastorales en torno a la comunión, participación y coordinación. En la toma de conciencia de la Iglesia como *unidad en la diversidad* se integran cuestiones teológicas y desafíos tales como Iglesia local, encarnación en la multiplicidad de las experiencias y construcciones socioculturales, exigencia de inculturación y procesos de configuración de iglesias locales autóctonas, catolicidad... Todo ello supera el estrecho horizonte de una eclesiología universalista centralizada para reentenderla en una perspectiva plural.

El esfuerzo por la comunión-participación, en pluralidad de vocaciones, estados de vida, carismas, servicios, ministerios e itinerarios eclesiolocales y regionales parece ser un denominador común en la Iglesia. La llamada al diálogo recíprocamente influyente para construir la comunión va sintiéndose como un imperativo en los campos de la colegialidad episcopal, la comunión entre iglesias locales, el fomento de la diversidad al interior de estas iglesias, el diálogo intercultural, intergeneracional. La unidad en diversidad no puede sólo reducirse a un discurso teológico sino también a una exigencia en la presencia y misión de la Iglesia en medio de los pueblos, como testimonio de apuesta decidida por la humanización y salvación. Todo ello va a significar implicarse en un proceso de descentralización, descolonización y desclericalización de las estructuras eclesiales. Apostar por el pluralismo no ha de verse como amenaza a la Iglesia sino como necesaria reexpresión de la acción multiforme del espíritu en la unidad de la fe. En esta última reflexión del presente Textos Ak' Kután, deseáramos presentar algunas orientaciones sobre uno de los muchos desafíos que hoy tiene la Iglesia en su misión: *la configuración de Iglesias autóctonas en comunión de fe*, como expresión y fruto de la presencia, encarnación e inculturación. Para ello utilizaremos la categoría de proceso (R. M. 53), pues integra dinámica de camino, reciprocidad, apertura a los signos del espíritu, interconexión y praxis evangelizadora, labor teológica, así como permanente atención a los polos fe cristiana e identidad cultural.

No quisiéramos equivocarnos si afirmamos que la firme decisión de trabajar por la formación de iglesias autóctonas se presenta como un elemento de credibilidad y confiabilidad de la Iglesia ante la actual reivindicación de las identidades. La Iglesia corre el peligro de debilitar el acompañamiento de los pueblos indígenas, por ejemplo, en su camino de formal legitimación y, al mismo tiempo, no atender las inspiraciones del Espíritu que hoy se comunican desde múltiples voces. Por ello es que afirmamos que la formación de iglesias autóctonas es un desafío de naturaleza eclesial. La promoción valiente y decidida de la comunión y las particularidades pueden tornarse, ante el fenómeno de la globalización/mundialización, como sincero esfuerzo por apoyar la dignidad y el derecho de los pueblos. Hay, entonces, sobradas razones para adentrarse en este reto de la construcción de verdaderas iglesias autóctonas. Algunas posturas radicales sostienen que las propuestas en la Iglesia por la inculturación no son sino estrategias de retención de poder y de dominio ante los pueblos que resurgen en pro de su libertad y autodeterminación. Otros sostienen que es un proyecto irrealizable al evaluar la historia y la estructura occidentalizada de la Iglesia. Hemos de responder que no compartimos estas apreciaciones, que la cuestión de la inculturación y la Iglesia autóctona no es opción o selección entre posibilidades sino deber de justicia, de naturaleza propia de la Iglesia como comunión, de su catolicidad, de la novedad siempre actual del evangelio de Cristo. Si la Iglesia en el presente reasume este desafío, será debido a que nuevos factores y variables, anteriormente no conscientes, van apareciendo en el escenario del mundo y de los pueblos.

Entendemos que este es un tema poco estudiado en la eclesiología, tanto en el desarrollo histórico, como en la actualidad. Hoy es posible esta preocupación gracias al encuentro feliz de muchas intuiciones, iniciativas y desarrollos eclesiales. La presente reflexión toma en cuenta y prosigue los lineamientos de los artículos precedentes, como dimensiones y fisonomía de la Iglesia local. Tratamos ahora de completar y visibilizar otros elementos de la naturaleza eclesial así como tomar conciencia de la expresión final del proceso de la Iglesia en cada lugar.

1. Algunas precisiones conceptuales y terminológicas

Los términos *autóctonos*, *autonomía* y *autodeterminación*, aunque derivan de la misma raíz, refieren matizaciones distintas. Así, lo autóctono es “aquello originario del país en que se vive”, mientras que autonomía y autodeterminación muestran la forma del régimen o estructura política, la autonomía es “la independencia administrativa, legislativa y económica de una provincia, región u organismo público dentro de un Estado”, mientras que autodeterminación es el “derecho de todo pueblo o grupo étnico a gozar de un Estado o, por lo menos, a gozar de autonomía”(AA.VV 1992: 89-

90). Hablar de autóctono es pensar en lo singular y propio de una persona o de una colectividad, que lo diferencia con respecto a otros. En base al derecho de todo pueblo, la autonomía valora el derecho a su singularidad, pero guardando ciertas relaciones de reciprocidad al interior del Estado, mientras que la autodeterminación se inclina más por una independencia sin concesiones substantivas a una estructura mayor.

Cuando hablamos de Iglesia autóctona estamos pensando en su singularidad y no en independencia (Iglesia autocéfala). La Iglesia autóctona se define como la Iglesia de Cristo en un lugar, Iglesia que ha arraigado y asumido lo propio de la cultura del pueblo o los pueblos a quienes sirve y lo reexpresa en los ámbitos de la fe. La Iglesia autóctona mantiene un elemento sustantivo: la *comunidad articulada con otras iglesias*, mientras que la Iglesia autocéfala se desprovee de esa comunión intereclesial como rasgo sustantivo y se rige por sí misma. Este es el testimonio de las primeras comunidades eclesiales en la historia inicial del cristianismo: el multiforme conjunto de iglesias locales, insertas, encarnadas y asumiendo las particularidades, pero mediadas por una conciencia y práctica viva de comunión en la fe, en la Palabra y en la celebración.

Esta experiencia del cristianismo primero nos manifiesta el decurso del desarrollo eclesial: de lo local se fue alcanzando la comprensión de una necesaria universalidad, no como oportunismo o instrumentación, sino como identidad de la propia Iglesia. Por ello la comunión con todas las iglesias en un elemento ontológico a toda Iglesia local. La Iglesia local, al arraigarse e iluminar con el evangelio una matriz cultural, hace posible el enriquecimiento de la pluralidad. La Iglesia universal está urgida de expresiones y configuraciones autóctonas, que densifican la comunión y fortalecen cualitativamente la catolicidad. En razón de ello la Iglesia autóctona se realiza como fruto de un largo, gradual y complejo proceso de desarrollo, haciendo manifiesta la propia experiencia cristiana y la reexpresión de la fe confesada, celebrada, vivida, sentida y organizada en entramado cultural (Cf. R.M. 54.). Con la fuerza de la semilla de la Palabra de Dios, la Iglesia local se va forjando al reconocer, legitimar y encarnar la singularidad, los valores, los criterios de juicio y las formas de vida de los pueblos (Cf. Ad. Gen. 6, 18; EN. 18-19).

Así como el término Iglesia autóctona manifiesta el fruto final de un proceso de encarnación/radicación (Salado 1996: 34) la Iglesia inculturada coincide con la autóctona en la reexpresión asumente de la cultura, pero puede ser entendida también por su previa intencionalidad y compromiso de reexpresión, pues la inculturación es proyecto de inicio, mediación acompañante y fruto final. La Iglesia inculturada enfatiza lo fisonómico mientras que la autóctona expresa mejor la totalidad -singular y común- de una iglesia local. En uno u otro término hay referencia a un proceso y no a simples plasmaciones paralelas o inorgánicas al estilo de una evangelización tangencial.

Cuando hablamos de iglesias locales autóctonas no sólo pensamos en iglesias jóvenes, en territorios de misión, en pueblos y culturas indígenas, sino también en las iglesias de antigua tradición. Ellas también han de plantearse el reto de la reexpresión autóctona, pues la Iglesia es desafiada en todo lugar por las colectividades multiculturales, por el pluralismo. Cristalizarse en Iglesia autóctona es un compromiso, por tanto, de toda Iglesia local. Aunque el planteamiento de inculturación/autoctonía enfatiza más el proceso *missio ad gentes* o de constitución/solidez de iglesias que caminan hacia la madurez de la fe, ello no es razón para pensar que las iglesias tradicionales no sean igualmente cuestionadas a repensarse en sus formas frente a las transformaciones culturales de la era actual, pues las legítimas reivindicaciones de las identidades mayoritarias y minoritarias, así como los fenómenos sociales de la migración, exilio, etc, se convierten también en nuevos desafíos para esas iglesias de más densa y larga historia cristiana. Las antiguas iglesias están llamadas a un reacomodo y respuesta a estas nuevas voces y están siempre exigidas de reexpresión. La fidelidad al Espíritu se traduce, entre otros muchos compromisos, en la apertura a la novedad.

2. Espigando retazos de la historia eclesial.

Las concreciones autóctonas de la Iglesia no presentan una imagen de continuidad y persistencia en el tiempo y en el espacio. La fisonomía y formaciones socioculturales provenientes de Occidente han dominado en general tanto las acciones y proyectos misioneros como las realizaciones de la implantación de la Iglesia. Hay necesidad de llevar a cabo un proceso de deslatinización, a fin de configurar la catolicidad desde los aportes multiculturales.

La teología e historia misionera ha documentado muchos y valiosos esfuerzos por la plasmación de lo autóctono, pero la mayoría de estas empresas misioneras habría que calificarlas en la categoría de la adaptación (AA.VV 1997: 42-59). Entre la acomodación y concreción inculturada se podrían tipificar etapas de un proceso. Por otro lado, la discontinuidad en esas experiencias reafirman la cualificación y solidez que exige configurar lo autóctono.

Al pensar en expresiones encarnativas y autóctonas, nuestra mirada se detiene, como indicamos más arriba, en la vida de las primeras comunidades, que fueron capaces de crear ministerialidad, testimonio y organización desde las particularidades de los pueblos y así revelan una plurirepresentación del evangelio. Conforme la Iglesia va logrando mayor cobertura territorial, poder, dominio e influencia se va perfilando una fisonomía que prefiere lo unitario en cuanto uniforme, a lo común y plural. Esa es la perspectiva que presenta el segundo milenio en la historia de la Iglesia y en los numerosos proyectos misioneros que se llevan a cabo. Todavía en el primer milenio observamos interés por la diversidad cuando entonces convivían en unidad lo occidental y oriental. La tendencia en la historia de la humanidad es que los grandes imperios, con escasas excepciones, imponen modelos uniformes y promueven obstáculos y dificultades que favorezcan la diversidad de formas. En una situación de minoría, sin embargo, los comportamientos son más cercanos a reivindicar pluralismo y derecho a la singularidad.

La Iglesia está invitada a acrecentar el compromiso de la comunión, que incuba en su interior la pluralidad, así como el aporte de las particularidades a su construcción. Pero, como sostienen muchos teólogos, la multiseccular historia de centralismo y occidentalización es un inconveniente, un freno inconsciente a la promoción de la legítima diversidad. La comunión de la Iglesia no es dispersión, ni crítica a su estructura jerárquica, sino estímulo para desencadenar procesos múltiples de formaciones eclesiales.

Por descontado es que la Iglesia no ha dejado de exhortar y orientar hacia el compromiso de la radicación en la vida de los pueblos y culturas. Son muy abundantes los documentos del magisterio sugiriendo métodos misioneros de respeto y valoración en la implantación de la Iglesia, fomento del clero autóctono, celebración de la fe tomando en cuenta la simbología de los pueblos. Pero no siempre las directrices tuvieron su aplicación decidida. El crecimiento de la conciencia y acción misionera en el período entre las dos guerras mundiales va a ir habilitando la nueva doctrina misionera, preparando el terreno al Concilio Vaticano II, que estimulará una misión evangelizadora que se apoya en el diálogo, testimonio, dignidad y derechos de la persona y de los pueblos. Y es así como emerge y se desarrolla la reflexión en torno a la inculturación e Iglesia autóctona.

En el campo doctrinal no se cuenta con una sistematización definida en este tema y ello no es tarea fácil, debido a que las realizaciones orgánicas de la encarnación/inculturación no pueden tener modelos únicos de praxis eclesial. No caben imitaciones o duplicados en ellos. Hay que optar por diversidad de síntesis que sistematicen los logros alcanzados en los procesos de reexpresión autóctona de la fe y estructura de la Iglesia. No es fácil, por consiguiente, conjuntar y elaborar un itinerario de desarrollo, pues los contextos, culturas y procesos históricos son disímiles. No obstante, realizados los procesos, sería posible facilitar sistematizaciones y lineamientos generales que sirvan de apoyo. En el presente y en referencia a América Latina no contamos con verdaderas iglesias autóctonas en el estricto sentido del término. Nuestras iglesias, aunque cuentan con los elementos que identifican a la Iglesia particular, son aún iglesias jóvenes, dependientes en muchos campos y necesitadas de una maduración en la conciencia y solidez de la fe, de la autopercepción y autoidentificación del valor de las identidades en el conjunto de la pluralidad..., de manera que llegue el tiempo de una plasmación autóctona de la fe cristiana. En la actualidad vamos siendo más conscientes y nos vamos proveyendo de una teología más adecuada que acompañe este compromiso. Sin embargo, la tarea no es sólo teológica, normativa o de principios teóricos, sino también y especialmente, de praxis eclesial, de acciones que deberán ser sistematizadas y analizadas por los teólogos acompañantes y en ello pesan aún con mucha fuerza las estructuras y mentalidades de universalidad en cuanto homogéneas.

3. La configuración como proceso.

El fruto máspreciado de la inculturación es la formación de iglesias locales, enraizadas en sus propias tradiciones históricas, culturales y religiosas, es decir, la Iglesia autóctona, la Iglesia indígena que vive la catolicidad de la Iglesia universal, desde la diversidad propia que ha recibido del pueblo que la conforma.(C.E.G. 1992: 8.17).

En páginas anteriores hemos utilizado el término proceso como recurso de tipificación del camino: primer anuncio-implantación de la Iglesia-Diócesis-Iglesia Local en proyecto de radicación-reexpresión autóctona. No es este un continuum predeterminado y uniforme, sino un recurso analítico que ayude a visualizar las etapas de la configuración de la Iglesia autóctona. En analogía con la evolución de la persona humana, la Iglesia autóctona, como fruto maduro de la encarnación en un lugar y en una matriz cultural, lleva a utilizar la categoría procesual. Una Iglesia madura desarrolla su misión evangelizadora con sus ministerios, con su elaboración teológica al haber asimilado la(s) cultura(s) haciéndolas expresión de la fe y del Evangelio, siendo gestora de su desarrollo, ofertando la vivencia propia de la espiritualidad cristiana; es decir, va alcanzado un nivel profundo de arraigo en la dinámica de los pueblos a los que anuncia el Evangelio.

Hay que tener en cuenta la diversidad de situaciones eclesiales, igualmente la proposición de un modelo de configuración: hay lugares donde está presente la *missio ad gentes*; muchas diócesis e iglesias locales tienen ya una larga historia, han recibido el primer anuncio, desarrollan su proyecto evangelizador, pero aún no son conscientes deliberada y proyectivamente de un objetivo hacia la reexpresión; otras más pasan por una fase difícil de estrechamiento en la participación, crisis de identidad, redimensión de la misión frente a los fenómenos sociales como el agnosticismo práctico, la indiferencia, el secularismo, sin olvidar las diferencias entre los credos religiosos, las confesiones cristianas, las reivindicaciones del derecho por las creencias religiosas, etc. Es, en fin, un panorama difícil donde categorías como anuncio, diálogo, testimonio, redimensión... no pueden ser manejados con la misma preferencia. Por diferentes caminos hoy estamos convencidos de que los desafíos de la misión son complejos y no admiten soluciones uniformes, sino diversas. Es por ello que la comunión va a demandar esfuerzos por delinear y procesar un camino en diversidad, en fomentar la singularidad y la pluralidad de modelos de misión. Urs von Balthasar utilizó la sugerente imagen de la sinfonía musical interpretada en unidad orgánica por diferentes instrumentos. En razón de ello las mediaciones del proceso que a continuación presentamos no buscan establecer etapas fijas sino pautas o criterios que faciliten dicho camino, sin olvidar las múltiples situaciones eclesiales. Hay, sin embargo, un conjunto de principios o directrices que han de mantenerse. Pero antes de hacer referencia a dichas mediaciones queremos recordar algunas observaciones previas.

4. Principios acompañantes.

El diálogo de naturaleza múltiple vg. Fe y culturas, interreligioso, intercultural, interservicios y ministerios. Este diálogo toma en cuenta el contexto, ambiente, disposición y condiciones. Ya señalamos que el diálogo es el nuevo lenguaje de la misión en los diversos contextos en que se realiza.

El Testimonio de fe y vida, como primer anuncio, predicación misionera y actividad pastoral. La vivencia comunitaria y el testimonio son clave en un mundo en diversidad y dispersión religiosa. El testimonio conlleva la inserción, la familiaridad, la apertura a los signos del Espíritu, la facilitación de la recíproca relación entre Evangelio y complejos culturales (Ad. Gen. 11-12). Dicho testimonio se visibiliza en relación a actores, contextos y grados del camino eclesial. La constante referencia a la realidad diversa y dinámica. La atención a la contextualización es un aporte muy adecuado y necesario que las ciencias sociales nos proporcionan. Partir de la realidad analizando historia, actores, estructuras, métodos, etc. se convierte en un ejercicio permanente que puede fructificar en la transformación de dicha realidad. Y es aquí nuevamente donde nos enfrentamos con la diversidad.

La necesaria simbiosis entre acción y vida eclesial. La inculturación no ha de ser considerada como una coyuntura o propuesta temporal, sino como una exigencia ineludible de la misión, como el único modo de evangelizar. No es auténtica una misión ajena, indiferente u opuesta a la identidad de cada pueblo. Si así fuera, la salvación sería parcial. En la reciprocidad entre fe y cultura hay que cuidar el constante fortalecimiento de lo singular y dignificante de cada pueblo, así como la fidelidad al Evangelio como novedad permanente. Ello llevará, por tanto, a evaluar los efectos que se producen en la acción evangelizadora. La configuración autóctona es, por consiguiente, camino que manifiesta una fe madura y una identidad cultural fortalecida, una comunidad eclesial capaz de dar razón de su fe, testimoniarla y compartirla en la comunión con otras iglesias. Las culturas donde la fe cristiana se arraiga han de ir encontrando fortalezas, estímulos y mayor dignidad hacia su plenitud.

El desarrollo del proceso ha de ir acompañado de la reflexión teológica. Aunque dicho desarrollo es libre y prático, amerita, por tanto, de la compañía del teólogo hasta ir favoreciendo que la Iglesia autóctona pueda contar con su propio discurso teológico. La exigencia de la inculturación no se reduce a un empirismo; hay una necesidad de sistematización de la experiencia, de los logros alcanzados, para iluminarlos y reenviarlos hacia nuevas energías de crecimiento; y eso es función de la teología.

Libertad, creatividad y dinámica de comunión. El proceso de configuración es libre, como se dijo arriba, puesto que no hay un modelo único de camino. El derecho de las iglesias locales a crear los ministerios necesarios para responder a las necesidades propias, a experimentar sus formas celebrativas, a fomentar mecanismos apropiados en el anuncio y educación de la fe, a promover el desarrollo en los distintos campos de la Iglesia local, nace de su condición de ser *la Iglesia de Cristo en cada lugar y de su privilegio y desafío frente a las culturas en las que busca encarnarse*¹.

Pero no es una libertad independiente sino en estrecha comunión, bajo la guía solícita del Vicario de Pedro. Es por ello que el proceso ha de cuidar también la comunión orgánica y corresponsable.

La configuración, en comunión, de iglesias autóctonas requiere que en la Iglesia entera se estimule y facilite un clima de libertad de espíritu y de acción y no de sospecha o extrema vigilancia que entorpezcan los procesos. Será muy necesario, por consiguiente, fomentar mediaciones y corresponsabilidades entre iglesias de una misma región para compartir y avanzar positivamente.

La confianza y credibilidad en las realizaciones, capacidades y aporte de los pueblos con sus culturas para la fidelidad necesaria al ser ilusión y misión de la Iglesia es igualmente una exigencia del proceso de formación de iglesias autóctonas y constante renovación de la catolicidad. Este principio hace referencia tanto a las *semillas y frutos* del Verbo en las culturas y sus grandes posibilidades de enriquecer la vida de la Iglesia como al impulso por dimensionar la Iglesia en clave más laical, femenina, plural, en la comunión, participación, corresponsabilidad y organicidad. Es aquí donde la categoría *alteridad* cobra relevancia y demanda una sincera y decidida conversión de Iglesia. El fomento permanente de mediaciones de activa y decisiva participación que haga viva la comunión, comunicación y reciprocidad se convierte en instrumento imprescindible. Como más adelante consideramos, el proceso es obra de los mismos pueblos integrados en comunidades cristianas, en iglesias locales orgánicamente constituidas como sujeto primario, en diversidad de actores protagonistas con su vocación, ministerio e identidad.

Dejamos aquí la presentación de los principios acompañantes,² reconociendo que el tema puede ser ampliado y profundizado. Con lo dicho hasta aquí se nos facilita una razonable perspectiva

5. Mediaciones del proceso configurativo de iglesia autóctona.

No es tarea fácil, como se dijo, diseñar los momentos de un proceso cuando estamos frente a realidades eclesiales de una gran diversidad, ante iglesias locales de mayor o menor bagaje histórico, en situación de misión, minoría... junto a comunidades eclesiales con un sólido quehacer y en situación mayoritaria. El listado, en fin, es largo y prolijo. No pretendemos, por consiguiente, sino delinear algunas pautas, momentos necesarios que proporcionen luces para emprender en unos casos, fortalecer en otros y rectificar en algunos el necesario camino hacia las plurales expresiones de la fe y la misión de la Iglesia. Con el riesgo de parcialización, de ser incompletos presentamos las siguientes orientaciones³.

5.1. Asumir la diversidad cultural en un contexto de transformación

La conciencia del pluralismo, del valor teológico de cada cultura igual que el derecho de todo pueblo a pervivir como tal en la dinámica eclesial es punto de partida, admitiendo que la Iglesia está presente en variadas expresiones y formaciones socio-culturales, y todo ese abanico va siendo contextualizado y mediado progresivamente en la globalización/mundialización.

La Iglesia local ha de conocer, respetar, valorar y promover las identidades culturales, a partir de sus situaciones específicas, lo que conduce a un acompañamiento objetivo, encarnativo y crítico en las formaciones culturales de los pueblos. Aquéllas son diversas y complejas (vg. culturas industrializadas, agrarias, subculturas, en proceso de modernización con fuerte herencia tradicional... y en contexto de dominación, dependencia, revitalización, retroceso, etc...), y hay que ser consciente de esa realidad y de sus desafíos, en un clima de interrelación e interinfluencia, con un compromiso de encarnación. Así que el proceso ha de contener una lectura/diagnóstico de las situaciones, cuando la humanidad se encamina hacia una fase (cambio de época, señalan algunos) que trae y supondrá cambios substantivos. Las realidades culturales han de ser asumidas en la dinámica historia/presente y proyectos de futuro. Las culturas, ante el imperativo de encarnación de la Iglesia en ellas, han de ser fortalecidas, purificadas y redimensionadas; los pueblos tienen que ver y experimentar que su relación al Evangelio y a la vida/misión eclesial los está dignificando como pueblo, legitimándolos en el mismo interior y en el concierto con otros pueblos. El itinerario de la Iglesia local ha de ir moviéndose hacia una inserción/familiaridad e identificación con las culturas, que vaya haciendo posible la reexpresión autóctona de la Iglesia.

Estamos hablando de un largo trayecto, con diferentes enfoques e itinerarios, pues diferentes son las culturas. Veamos aquí el ejemplo de los pueblos indígenas, delineemos algunos rasgos y criterios:

- Situación histórica de dominación cultural y de acción evangelizadora que, en múltiples ocasiones, ha sido indiferente a su identidad.

- Víctimas del doble empobrecimiento: económico y autoconciencia/cobertura del valor/aporte de sus culturas, aunque esta apreciación negativa en la actualidad va cambiando.

- Desconocimiento de las fuentes generadoras de sentido de la cosmovisión/identidad, siendo más fuerte la práctica de la "costumbre" sin poder justificarla integralmente. A ello hay que añadir la pérdida o deterioro de valores a causa de la agresión/dominación y una dispersión en cuanto al compromiso y quehacer como pueblo en el presente y futuro inmediato.

- Emergencia de una etapa nueva en su camino con el empeño por la dignidad y derechos, rescate y recuperación, participación en los estados (y en proceso macroregionales e internacionales), implicación en el desarrollo, conquistas científicas e interculturalidad simétrica.

- Paulatina institucionalización de espacios propios de autogestión, reivindicación independiente y libertad de vida cultural y religiosa.

Ante esta realidad específica de los pueblos indígenas -con sus lógicas variantes y matizaciones- las iglesias locales tienen el reto del diagnóstico e inserción crítica y acompañamiento para la autoestima, fortalecimiento de las identidades y participación en la configuración de la Iglesia autóctona "con rostro, corazón, alma... indígena" (CEG 1992: 12.2).

En fin, cada Iglesia local ha de ir diseñando el caminar en esta mediación, con una actitud de apertura al Espíritu y el involucramiento activo de los propios pueblos, que pasen de receptores sumisos a actores activos y protagonistas proponentes. Ello exige, por consiguiente, una cuidadosa formación en la fe, en su identificación con la Iglesia y en la riqueza del evangelio para los pueblos. Estamos hablando, por tanto, en lenguaje analógico, de un "apoderamiento" del proceso, hacia la Iglesia autóctona por parte de los pueblos, de la explicitación efectiva en la reexpresión de las áreas o campos que identifican y singularizan una Iglesia local.

5.2. Evaluar modelos, métodos, criterios y desarrollo histórico.

El proceso ha de contar también con una serena y cuidadosa evaluación de los modelos, métodos, criterios y desarrollo histórico que han determinado el proyecto evangelizador de cada iglesia local. Nuevamente aquí nos encontramos ante una gama múltiple de realizaciones eclesiales en la relación entre misión y complejos culturales. Las iglesias del Viejo Mundo han alcanzado un grado de identificación, hasta afirmar la fe cristiana como forjadora de nacionalidad⁴. Contamos igualmente con las iglesias jóvenes de África, Asia y América donde se dio el primer anuncio, se construyó la Iglesia, aunque requiera una más sólida madurez. Encontramos también iglesias en situación de minoría al interior de naciones mayoritariamente no cristianas. Y, por último, las zonas más estrictamente misioneras. No se parte, por consiguiente, de situaciones no cristianizadas, sino integradas canónicamente como diócesis en la comunión universal. Pero lo que habría que evaluar es cómo se ha llevado a cabo la misión cristianizadora, qué importancia ha tenido y tienen las construcciones culturales que viven los pueblos, si ha habido rechazo, paralelismo, indiferencia o expreso deseo de anunciar la buena nueva desde el interior de las culturas. Y aquí las respuestas vuelven a ser muy diversas.

La mirada crítica a la misión evangelizadora es punto de partida en el proyecto de configuración autóctona, redimensión o renovación eclesial. Esta fue, por ejemplo, una de las tareas que se propusieron las iglesias de África y Asia:

En el momento de la descolonización, los teólogos asiáticos y africanos y, con ellos, muchos occidentales se plantearon con nueva urgencia el problema de la inculturación y se preguntaron en particular por qué después de tantas generaciones de evangelización, las culturas locales muchas veces no habían sido transformadas radicalmente por los valores cristianos, incluso dejando subsistir un paganismo latente. Por el contrario, no se había sabido captar las capacidades religiosas de ciertas costumbres locales. Se preguntaba entonces de qué modo el cristianismo podría inculturarse en profundidad en culturas que se quería conocer mejor en su especificidad. Se ha hablado de despojar al cristianismo de su corteza cultural occidental a fin de provocar una verdadera africanización, indianización o indigenización de las Iglesias autóctonas (Carrier 1988: 104-5).

La cita precedente pone la atención sobre una de las respuestas al proceso: la desoccidentalización de la Iglesia. Es ésta una tarea necesaria, pero no por ello arriesgada, y pareciera que la Iglesia no tiene una decisión firme, aunque hay acontecimientos postconciliares que generan cierto optimismo². No será auténticamente real la formación de iglesias autóctonas, si no se da un verdadero respaldo y legitimación a las alteridades culturales. La estructura centralizadora viene a constituir un freno en los proyectos de construcción del pluralismo eclesial, tanto en el campo teológico, litúrgico, ministerial, como en la lenta implementación de los procesos de comunión y colegialidad canónica. La Iglesia, como misterio de comunión, está urgida de ese compromiso. El espíritu va delante y al interior de la Iglesia estimulando el discernimiento del camino y hoy la multiplicidad de las voces son signos del Espíritu.

Descodificar y recodificar, despojarse para revestirse, exige una profunda conversión de la Iglesia para ser capaz de tejer nuevos lenguajes, vivencias y representaciones del mismo Señor, la misma fe. *Déjense conducir por el Espíritu* (Ef. 6, 25) escribía San Pablo. Ese Espíritu sigue abriendo puertas y ventanas para que la Iglesia se revista de múltiples matices y así manifieste el deseo de su Señor. La Nueva Evangelización requiere nuevos modelos, métodos y actitudes, y la inculturación es una de sus prioridades. No se hará realidad mientras no asegure la Iglesia el modelo de comunión, la descentralización, la libertad de las iglesias en comunión y el protagonismo de los pueblos. *A vino nuevo, odres nuevos*, por ahí se entiende el reto de la conversión eclesiológica de la revisión para asumir el modelo comunitario, encarnativo, pneumatológico y plural. La Iglesia hará factible una comprensión de la universalidad, como corresponsabilidad, coparticipación y organicidad de las singularidades que el mismo Espíritu va acompañando en la historia, vida y corazón de los pueblos que han aceptado y respondido gozosamente al Evangelio de Cristo.

5.3. Acompañar el camino.

Se necesita acompañar el caminar de las comunidades cristianas con rostro propio, en el proyecto de dignificación de la identidad, como condición necesaria de la misión y construcción de iglesias autóctonas. Ha de existir en el proceso una simbiosis entre identidades culturales y misión evangelizadora.

Complementando lo que señalábamos en la primera mediación, tratamos ahora el fortalecimiento tanto de la fe como de la vida cultural del pueblo, de manera que se vaya filtrando una mutua identificación, una auténtica conciencia y amor de sentir, pertenecer a la Iglesia y la autoestima y valoración de lo propio:

- Uno de los componentes que hacen viable un proyecto de pueblo es la memoria histórica, y aquí hay que referirse a una doble vertiente: el reconocimiento e identificación del origen y devenir histórico del pueblo, pues sabemos que un pueblo sin conciencia y conocimiento de su historia está seriamente expuesto al debilitamiento. Para unos pueblos ello se traducirá en rescate y recuperación, para otros en readecuación simbólica... pero todas las iglesias son retadas a acompañar y compartir la constante vivificación de la memoria del camino.

Pero, por otro lado, la misión eclesial en la comunidad, en la iglesia diocesana tiene su propia historia eclesiolocal con su origen, luces y sombras, actores y acontecimientos y, quizá, sus propios mártires. La historia particular es, por tanto, parte integrante del proyecto configurativo, de manera que así pueda enriquecer la historia de la Iglesia con las propias realizaciones.

- El proceso hacia la reexpresión es obra de toda la Iglesia local, lo que lleva al desencadenamiento de una red múltiple de espacios comunitarios, orgánicamente articulados como Iglesia, así como el movimiento de diseño práctico de esas comunidades con un lenguaje, estructuras, mística y espiritualidad influidas por el propio talante cultural³. Las comunidades cristianas no son, por consiguiente, abstractas e indiferenciadas, sino diversas y reveladoras del corazón de cada pueblo. Estamos hablando de comunidades culturales eclesializadas, si se nos permite la expresión, donde se interrelacionan Iglesia e identidad.

El estimular este tejido comunitario afianza la participación y el protagonismo paulatino y progresivo de aquéllas, ya que se va otorgando la palabra y la decisión desde sus propias estructuras y organizaciones culturales. Y ellas serán las instancias eclesiales que irán trenzando la reexpresión de los campos identificativos de la Iglesia local inculturada y autóctona, pues, por la doble condición que tienen, son capaces de encarnar el mensaje cristiano en su propia cultura con sentido crítico, purificativo, valorativo y transformativo, discernir el núcleo perenne de vida que ofrece el Evangelio a los pueblos y los valores provenientes de su singularidad cultural. Serán estas comunidades las artífices del proceso bajo la guía y animosa vigilancia de la autoridad eclesial.

- Las culturas tienen pensamientos, actores y servicios que las diferencian en matices (estilos, mística...), realizaciones e historia. El desarrollo del camino hacia la Iglesia autóctona demanda conocer, respetar y formalizar esa situación, evitando duplicaciones o paralelismos. La teología, la ministerialidad, la celebración litúrgica, la espiritualidad de la fe

han de asimilar los pensamientos, la simbología y el talante singular de los pueblos (C.E.G. 1992: 12), de manera que los pueblos se sientan reflejados y escuchados como tal en la vida de la Iglesia.

En el campo de la ministerialidad, por ejemplo, habrá que enfrentar variados desafíos, vg. conocer en profundidad los servicios/ministerios propios de la cultura, fortalecer y legitimar aquéllos que faciliten y enriquezcan la vida y misión de la Iglesia local, promover y crear ministerios propios en respuesta a necesidades específicas, delinear el talante y función de cada uno de ellos sin olvidar la simbiosis entre fe e identidad, releer culturalmente los ministerios comunes a toda la Iglesia. Y lo que decimos de este campo ha aplicarse también en el resto de áreas eclesiolocales.

No olvidemos, en fin, que esa tarea supone un largo camino a desarrollar en libertad y comunión. La Iglesia local no ha de esperar mandatos para comprometerse en la familiaridad, encarnación y reexpresión. Ella tiene derecho y obligación de hacer visible y plasmar la voz del Espíritu y así ser fiel a Cristo, a la Iglesia y al ser humano a quien sirve en la vida de los pueblos y culturas. Esa palabra del Espíritu ya está presente y actuante antes de que el evangelio sea anunciado, recordaba Juan Pablo II. Su deber es como el de Juan Bautista: *este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*, (Jn. 1, 29-31): reconocer y proclamar la presencia de Dios. No es la Iglesia la creadora de originalidad y novedad, sino el Espíritu del Señor que en ella vive y que alienta a todo ser humano y a toda acción que construya la vida.

- La Iglesia local no está cerrada sobre sí misma, sino en comunión y relación con otras Iglesias; abierta a ser estimulada e, incluso, interpelada para lograr la fidelidad al Espíritu; necesita de esa articulación con la Iglesia en su universalidad. Ello está garantizado no sólo por la presencia del ministerio apostólico en la persona del Obispo, en comunión con el Papa, que representa la comunión universal, sino en su conexión en Iglesias hermanas y en el avivamiento de su dimensión misionera.

Hemos de afirmar también la articulación recíproca entre Iglesia local y el conjunto de las demás Iglesias en comunión de fe, magisterio, celebración y testimonio. Como se ha dicho repetidas veces, necesita de la fortaleza permanente de esa comunión. El testimonio de interrelación, comunicación y mutua ayuda de las iglesias en los primeros siglos de la historia cristiana es elocuente. En el presente se van fomentando los lazos de interconexión entre iglesias de una misma región, nación, continente. Ello augurará frutos muy positivos en el desarrollo de la colegialidad. En consecuencia, el empeño por afianzar esta comunión de cada Iglesia local hace más exigente su esfuerzo por la realización del aporte propio. La preocupación por la comunión y la misión exige a la iglesia local no olvidar su dimensión misionera, en cuanto *missio ad gentes*. Las Iglesias jóvenes están invitadas a desplegar este servicio *dando desde su pobreza*, para compartir el gozo de la fe, el testimonio de vida y colaborar en el nacimiento de nuevas Iglesias que configuren nuevos rostros de Evangelio. La vertiente misionera es, al mismo tiempo, una oportunidad para que la Iglesia que envía a la misión pueda revisar sus criterios y prácticas con respecto al diálogo, valoración y respeto de las alteridades y la fidelidad al mandato del Señor. La acción misionera refleja asimismo el camino hacia la Iglesia autóctona: la cultura del misionero va desplazándose para que pueda surgir un nuevo rostro de Iglesia; desde una proclamación universal de la fe, se abre paso el surgimiento de una concreción histórica nueva.

Hemos planteado hasta aquí algunas mediaciones del proceso. Ciertamente no son las únicas. La reflexión puede ser ampliada y profundizada, pero nosotros dejamos aquí el hilo del discernimiento. Baste con lo dicho para comprender la complejidad y la gradualidad de los caminos a favor de la inculturación y la reexpresión autóctona. Es un desarrollo que apuesta por la adultez y madurez. Las posibilidades de dicha cosecha ya están implícitas en la novedad del Evangelio y en el valor de las culturas. Pero será necesario ir explicitándolas, y esta tarea es obra de la misma Iglesia local y de aquellos que la forman.

6. La participación en el proceso.

En varias ocasiones hemos mencionado la tarea de la Iglesia local como sujeto del proceso², lo que conduce a la construcción y permanente vigorización de los principios y mediaciones comunitarias, donde se vean valoradas y estimuladas las diferentes vocaciones, servicios, ministerios, experiencias y realizaciones de la vida del Espíritu. El camino hacia la reexpresión eclesial no se dinamiza por mandato canónico, sino por la conciencia y desarrollo de la dignidad y aporte de cada uno de los agentes. Es natural que ello precise de la animación, guía, orientación y supervisión de quien ha recibido el ministerio de la unidad y que es garante de la comunión interna y carisma/ministerio que articula a la totalidad eclesial. Es la institución, constituida como iglesia local, la que habilita el proceso, pero entendida como institución dinámica, que proyecta hacia delante el compromiso; es una institución abierta y consciente de que está urgida de la reexpresión autóctona para ser fiel al Espíritu y la misión; es una institución convencida de la necesidad del diálogo, de la encarnación en la diversidad. Sabemos que este desafío es enorme al tener en cuenta la carga de "institucionalización" con sus perfiles y matices estáticos que la Iglesia en sus dos milenios de historia ha contraído.

La invitación a ser siempre nueva y actual, en correspondencia al evangelio, se convierte en un gran compromiso de constante renovación para ella y, por ende, en esta tarea de la configuración de iglesias autóctonas. Hemos hablado de conversión eclesiológica y podemos imaginar el proceso como una revolución copernicana. Es por ello que se observan miedos, resistencias, vacilaciones, junto a actitudes de indiferencias, reservas o excesivas cautelas, pues lo institucional sigue marcado con fuerza la toma de decisiones. La teología y el derecho han de jugar un papel importante, junto a las experiencias, proyectos, praxis y discernimiento de las Iglesias locales. La función animadora,

estimulante y rectora de la comunión universal por parte del ministerio papal será garantizar la unidad, fidelidad, apostolicidad que impulsa permanentemente hacia la consecución del fruto final: iglesias locales que asumen y revelan el evangelio hecho vida y camino en las matrices y formas culturales de los pueblos.

Toda iglesia local está llamada a desencadenar este proceso desde la familia, las comunidades de base, los componentes institucionales, las estructuras y mediaciones diocesanas, los planes pastorales y los espacios de comunión. Configurar el rostro y corazón autóctono no es opción, sino imperativo, como dijimos anteriormente. En cada uno de esos referentes ha de cultivarse el don de la fe y el valor de lo propio como pueblo. Hacer factible la participación es un compromiso donde se combina educación, libertad, diálogo, respeto múltiple. En consecuencia, el logro del equilibrio unidad-diversidad al interior de las iglesias locales se vive como don del Espíritu y cosecha permanente de la comunidad cultural eclesializada.

Pero si hablamos de la Iglesia local como sujeto primario, común, estructural, hay que visibilizar los sujetos/actores sectoriales e institucionales que la componen. El magisterio, en el último siglo, se ha referido al clero indígena cuando hablaba de la *missio ad gentes* y de las iglesias jóvenes. Es fundamental promover los protagonistas preferentes, como son el laicado, el clero, la vida consagrada, conscientes de su identidad en objetiva y crítica estima y valoración de sus capacidades. Una iglesia local no podrá impulsar el proceso mientras no se confíe en la cultura y en quienes la viven. No basta, sin embargo, contar con clero propio, sino se acompaña con acciones permanentes de formación y libertad de acción, sino se le proporcionan responsabilidades y decisión. Cuando se desconfía de estos sujetos, se desconfía del valor de la cultura. Los testimonios en la historia de la misión son elocuentes al respecto de esta desconfianza. El laicado es un sector muy importante en el conjunto de los sujetos. Un laicado que en muchas iglesias locales es portador de la diversidad cultural. Hoy se habla de diseñar una iglesia más laical, donde la participación de la mayoría del Pueblo de Dios vaya abriendo caminos, asumiendo y reubicando la entrañable compañía e integración entre iglesia e identidades culturales. Son los laicos los actores que viven en la cotidianidad la simbiosis, como hecho y compromiso al mismo tiempo. La palabra y decisión firme y clara en la persona de laicos no podrá ser eludida. En este mismo orden de cosas, no podemos olvidar a la mujer, silenciosa mantenedora de la cultura del pueblo. Y si la configuración de la iglesia autóctona se asemeja a una incubación y nuevo nacimiento, ¿por qué habríamos de olvidar el relevante rol de la mujer en este desafío?

Estamos hablando de una decidida educación en la fe y en la(s) identidad(es) cultural(es), es decir, integradora y recíproca. La educación es antesala, compañía y rostro visible de una Iglesia local consciente de su misión. La educación va estimulando la implementación dinámica de los campos eclesiolocales.

Al igual que la educación es instrumento del camino inculturador, la teología es herramienta imprescindible. El teólogo no es el actor preferente, pero sí el compañero fiel y sugerente. El proceso no es obra de expertos, sino de toda la comunidad eclesial (R.M. 54). El desarrollo precisa de la elaboración teológica, hasta desembocar en una teología que relea las categorías de la fe en clave cultural y plural. La Iglesia local, las iglesias jóvenes habrán de ir favoreciendo los mecanismos y agentes especializados que vayan iluminando las situaciones y realidades específicas de la personalidad y fisonomía de sus comunidades. El proceso hacia la configuración no puede ser empírico, sino debidamente acompañado del subsidio de los expertos. Por ello tienen que ser hábiles para aprovechar, capacitar y profesionalizar sus recursos humanos, para responder a las necesidades.

Pudiera, en fin, parecer al lector que cuando hablamos de iglesias autóctonas olvidamos la realidad de pobreza y deseos de liberación de los pueblos, las transformaciones culturales y los cambios profundos que se están dando en nuestro tiempo. Tal vez pudiera concluir pensando que configurar iglesias autóctonas es sólo un ejercicio de interés interno, digamos casero, y poco o nada tiene que ver con los diarios sufrimientos de hombres/mujeres y pueblos, con fenómenos como la globalización y la readecuación de lo "religioso" en un mundo en tránsito. Podría pensar también el lector que la Iglesia Católica sigue convencida de ser el único y vital referente de lo cristiano y lo religioso, y se vuelve impermeable a un diálogo en búsqueda de la verdad y la vida.

En las interrogantes precedentes hemos externado implícitamente tres pautas, igualmente integrantes del proceso encarnativo y reexpresivo de la vida y misión de la Iglesia local:

-Configurar una comunidad eclesial autóctona y liberadora de las esclavitudes frente a las situaciones de pobreza y marginalidad que viven los pueblos. No habrá expresión autóctona, sino hay liberación. Así, inculturación y liberación son expresiones de un idéntico desafío⁸. La dignificación de las identidades, por parte de la Iglesia, pasa por el compromiso decidido por impulsar en cada pueblo una vida en derecho y dignidad.

-El diálogo intraeclesial -la validez y el derecho de las identidades, la interrelación recíproca de los sectores del Pueblo de Dios, la interculturalidad simétrica...-, el diálogo intereclesial en la comunión de iglesias, el diálogo ecuménico y macroecuménico, así como el diálogo con el mundo presente, con la ciencia y tecnociencia es compromiso y testimonio de toda iglesia local. Ellos son componentes del proceso. Hemos insistido en afirmar que el diálogo es nuevo lenguaje de la misión. La Iglesia, la fe cristiana no es el único espacio de salvación, es sólo sacramento, con la dignidad y limitación entre sacramento y salvación plena. Por ello la Iglesia ha de ir aprendiendo a compartir la experiencia, a escuchar, a caminar junto a los otros en encontrar y hacer la verdad. Sólo Dios es el dueño de la verdad, de la salvación y la vida, la Iglesia es servicio. La Iglesia local, como sacramento de salvación en medio de un pueblo, sirve, estimula y da testimonio de un diálogo múltiple en su misión evangelizadora y su desafío autóctono.

-Las ciencias sociales, y en especial la antropología, nos ofrecen análisis de los complejos y transformaciones culturales. En el presente nos llaman a comprender el cambio profundo en que la humanidad va encaminándose y, al tiempo, las respuestas que las colectividades socioculturales van emitiendo ante esos estímulos de cambio. La Iglesia local se inserta y participa en la vida de los pueblos, en sus expectativas y proyectos de futuro (Puebla 398-9), en sus mejores anhelos y esperanzas. Por ello facilitará que las comunidades puedan responder y participar en las transformaciones culturales, pero afianzadas en los valores de sus matrices y troncos culturales. La plasmación eclesiogenética no encierra ni aniquila a una cultura particular en el pasado, sino que la ayuda a la participación en la pluralidad, intercomunicación y mutua influencia, es decir, una interculturalidad respetuosa; la inculturación no es un ejercicio arqueológico, sino una proyección hacia el futuro. La Iglesia habla de nuevos areópagos, donde se gesta la nueva sociedad⁹.

7. Testimonio de iglesias.

En esta última sección de la reflexión pretendemos presentar de manera breve dos testimonios con respecto a la exigencia de la configuración autóctona: un deseo, expresado por la Conferencia Episcopal de Guatemala y un camino emprendido en la diócesis de San Cristóbal Las Casas, Chiapas-México. Por descontado que habrá otros testimonios relevantes. Hemos preferido escoger estos dos por sernos más cercanos y conocidos. Son, sin duda, una muestra del abanico de iglesias locales, empeñadas en avanzar en el compromiso de la encarnación y reexpresión.

7.1. Para una fisonomía de Iglesia indígena.

La carta pastoral "500 Años Sembrando el Evangelio" del episcopado guatemalteco, publicada en 1992, con motivo del V Centenario, ha sido reconocida como uno de los documentos más lúcidos del episcopado latinoamericano para este acontecimiento. Se hace en ella una clara opción por la causa indígena y el compromiso de la Iglesia por la inculturación, se pide perdón por las acciones negativas, cometidas por la Iglesia y se proponen un conjunto de propuestas pastorales que la encaminen hacia la encarnación y modelación eclesial maya, sin olvidar la pluriculturalidad de la realidad guatemalteca.

En la tercera parte de la carta pastoral, correspondiente al proyecto de camino y en el inciso 10, 2.3. se proponen un conjunto de rasgos fisonómicos de lo que debería ser una Iglesia que se compromete en la reexpresión de los pueblos mayas. Este retrato, como deseo a lograr, tuvo muy en cuenta el pensamiento de laicos, religiosos y sacerdotes indígenas. El contexto inmediato de este perfil eclesiológico es la presentación de lineamientos evangelizadores cristológicos, antropológicos, además de la lectura de la situación de los pueblos indígenas en Guatemala (n.10). Presentamos, a continuación, en forma sucinta, los anhelos vertidos hacia la Iglesia que se desea configurar:

- Iglesia madre, que trabaje por la unidad de nuestros pueblos, de los más pobres; promotora de valores culturales; educadora de ministerios y servicios.
- Iglesia que va madurando conforme se va insertando en la vida de los pueblos; en convivencia humilde y festiva; en el esfuerzo por encarnar los valores de los pueblos indígenas.
- Iglesia que promueve la construcción del Reino de Dios, entendiéndolo como proyecto de dignidad, justicia, reconciliación y paz.
- Iglesia servidora y discípula de comunión.
- Iglesia que asume en verdad y con decisión la historia de los pueblos indígenas desde sus raíces; la identidad, el lenguaje y la espiritualidad propia y singular de estos pueblos; la sabiduría popular, la teología del pueblo, los ritmos y criterios de vida.
- Iglesia en diálogo con las culturas mayas, con su experiencia y contemplación; con la coyuntura y estructuras que viven nuestros pueblos.
- Iglesia con rostro y estilo comunitario, donde la palabra de la comunidad es decisiva.-Iglesia profética, consciente y solidaria, defensora de los derechos de los pueblos mayas; valiente en el combate y denuncia de la injusticia; compañera de camino del proyecto liberador.

Los rasgos fisonómicos precedentes podrían ser igualmente propuestos para otras iglesias locales con presencia de los pueblos originarios. Es lógico que estos perfiles habrán de ser aplicados a las situaciones diversas y concretas, implementándolos en los campos eclesioculturales, asumiendo la cosmovisión, simbología, espiritualidad y estructuras organizativas, propulsando los valores propios, los proyectos de pueblo con la luz y novedad del evangelio. Han transcurrido casi diez años desde que se suscribió esta estimulante Carta Pastoral. Ahí queda la propuesta de camino, con la esperanza de que no sea olvidada. Las respuestas emitidas no han sido, sin embargo, tan lúcidas y persistentes como el documento episcopal pide, pero esta mirada retrospectiva no es competencia nuestra.

7.2. Empezar un largo camino hacia la Iglesia autóctona.

Monseñor Samuel Ruiz acaba de entregar hace al Papa su ministerio como pastor, después de cuarenta años de abnegada labor episcopal. La mayoría de este servicio fue ejercido en la diócesis de San Cristóbal de las Casas en el estado de Chiapas, México. Ha sido toda una vida de gozos y dificultades al servicio de ese pueblo, mayoritariamente indígena y pobre. Tras su retiro deja una copiosa herencia pastoral, un claro testimonio de amor y cercanía con el pueblo y unos caminos abiertos en el compromiso hacia la Iglesia autóctona. Queremos aquí hacer mención de este último aspecto¹⁰.

El proyecto diocesano ha sido integral, pues partiendo de la realidad económica (pobreza y explotación de esos pueblos), sociocultural (colectividades mayas...), política (marginalidad, corrupción estatal...) y religiosa (religiosidad indígena, minorías no católicas...), esta iglesia local ha sabido ir diseñando unos principios y criterios de caminos hasta consolidar una comunidad diocesana viva y creativa, dialogante y profética, solidaria y en esfuerzo liberador, comunal y de protagonismo popular, plural y acompañante de las particularidades.

Tras una primera etapa de ministerio episcopal de Don Samuel que se ganó el corazón de ese pueblo, que lo llamaba respetuosa y cariñosamente Tatic Samuel, el impulso renovador se inicia con el Congreso Indígena (1974), que reunió a representantes de todos los pueblos en un encuentro de análisis y proyección. A partir de entonces los líderes indígenas, estrechamente unidos a sus comunidades, comienzan a ser protagonistas de los planes pastorales; se inicia el tejido de organizaciones comunales de diversos tipos, favorecido por la estructura de relación a la tierra; se hace una opción decidida por la justicia y liberación de los empobrecidos, acompañándolos en su dignidad y derechos de hombres/mujeres y pueblos; se pone la mirada sobre el complejo universo de las identidades culturales, con el objetivo de acompañar en su estima y valoración; se van sentando los fundamentos de una educación en la fe que asuma el lenguaje de los pueblos; celebración cristiana de sacramentos y sacramentales con una participación activa y decisiva de las comunidades y servidores; promoción de los ministerios hasta la constitución formal del diaconado indígena permanente, junto a otros servicios propios o redimensionados de las comunidades indígenas¹¹; impulso hacia una teología india; facilitar la Iglesia como un espacio de diálogo sociopolítico, ecuménico, macroecuménico, en base a la dignidad, justicia y búsqueda de la verdad... El listado, en fin, es amplio y ricamente esperanzador.

El camino de esta Iglesia local ha sido recientemente proyectado en el documento final del III Sínodo Diocesano, que va considerando cada uno de los campos de la vida y misión, desde la realidad presente, signos de futuro y frutos cosechados en el camino. A través de los énfasis por una iglesia autóctona, liberadora, evangelizadora, servidora, en comunión y abierta al Espíritu se detecta un itinerario de esperanza, a pesar de las dificultades sociopolíticas por la que atraviesa esa región. Del mismo modo, el Directorio Diocesano para el Diaconado Indígena Permanente refleja los logros, inquietudes y prioridades de una Iglesia local en serio esfuerzo por otorgar a los laicos y a las comunidades indígenas un espacio y decisión activa, que permita ir tejiendo una auténtica Iglesia autóctona.

No hemos de obviar las dificultades vividas por esa porción del Pueblo de Dios en su recorrido y el reto de fortalecer la comunión intereclesial, de forma que su testimonio evangelizador pueda ser acicate para otras iglesias locales en similares o parecidas situaciones. El camino emprendido es, en fin, largo y complejo, pero las bases están ya claramente sembradas.

8. Conclusión

Tiene la Iglesia ante sí una cautivadora y compleja misión de hacerse creíble y ofrecer la vida en abundancia que contiene el evangelio de Cristo, frente a la multiplicidad de las voces que por doquier emergen en una corriente global de transformaciones culturales. Una de las claves de respuesta es la constitución de iglesias locales autóctonas, que va a requerir profundizar teológica, pastoral y estructuralmente la Iglesia en un modelo de comunión, visibilizar la encarnación en las realidades plurales de los pueblos y acompañarlas en su participación en la nueva sociedad que se va gestando. La escucha dócil y atenta al Espíritu es la mejor garantía de la fidelidad a su compromiso.

Sólo hemos pretendido en estas páginas brindar algunas reflexiones que ayuden a esta tarea. Nuestro pensamiento ha sido hacia todas las iglesias locales, en comunión de fe, pero condicionado más específicamente por las iglesias donde conviven los pueblos indígenas. Pedimos su comprensión por la ignorancia y el silencio inconsciente frente a iglesias con historias y cosecha abundante y testimonial de vida cristiana.

¹ Un compromiso pendiente es el de establecer con claridad el derecho de las iglesias locales en las distintas áreas de su identidad. Y ello, tanto en lo teológico como en lo canónico.

² Al referirnos al proceso de inculturación, imbricado en el que aquí tratamos, pueden consultarse las sugerencias en Ak' Kutan 1996: 73-79.

³ Una advertencia previa: las siguientes mediaciones no son fases cronológicas de un proceso, sino pautas que han de emerger en el camino de las iglesias locales hacia su plasmación autóctona. Véase, por otro lado, en Salado 1991: 5, una propuesta misionológica de etapas hacia la radicación de la Iglesia en los pueblos indígenas.

⁴ En su carta apostólica *Slavorum Apostoli* y en discursos recientes, Juan Pablo II ha enfatizado el papel relevante del cristianismo en la construcción de Europa.

⁵ Después de dos milenios de historia eclesial no se cuenta hoy en la Iglesia sino con dos ritos formalmente autorizados y algunos otros más en experimentación. Es también significativo que el documento episcopal latinoamericano más reciente *Iglesia en América* considera muy secundariamente la exigencia de la inculturación.

⁶ Leonardo Boff 1980, subtítulo su reflexión *las comunidades de base inventan la Iglesia*. Retomando la expresión podríamos también hablar de Iglesias autóctonas como fruto final y una plural participación y responsabilidad de comunidades, que viven y promueven la dignidad de sus complejos culturales.

⁷ Para esta sección se puede consultar Ak' Kutan 1996: 56-72.

⁸ Tanto los teólogos africanos, como latinoamericanos, al hablar de inculturación hacen continua mención de la liberación. Si se preferencia una categoría, se asume implícitamente la otra. Véase como muestra Boff: 1991; De la Torre 1989.

⁹ Véase Consejo Pontificio para la Cultura 1999.

¹⁰ Son varias las publicaciones sobre el proyecto diocesano de S. Cristóbal de las Casas. Hemos consultado: *"En esta hora de Gracia"*, 1993, Carta Pastoral; *"Directorio diocesano para el Diaconado Indígena Permanente"* (1999); "III Sínodo Diocesano" (Enero 2000); Samuel Ruiz, *"profeta de la esperanza"*, Christus, marzo-abril, 2000.

¹¹ Cf. Irribaren 1997, donde se documenta el proceso de gestación hacia el diaconado indígena permanente en la región sur de la diócesis.